

Cómo hacer una apología (21.40—22.29)

Cuando pensamos en el pedir disculpas, recordamos las disputas que tuvimos con nuestros hermanos, siendo niños. Cuando nuestros insultos llegaban a ser abusivos, nuestra madre intervendría. Se pondría de pie frente a nosotros y ordenaría que nos pidiéramos disculpas el uno al otro. Nosotros, arrastrando los pies, mirando en cualquier dirección excepto a la cara del uno al otro, murmuraríamos algo como: “Lo siento”. Algunas veces nuestra madre haría entonces que nos estrecháramos las manos. Si habíamos sido particularmente agresivos, nos sería dada la temida orden: “¡ahora, abrácese!”. Entonces, reaciamente nos inclinaríamos el uno al otro, pondríamos nuestras manos tentativamente el uno alrededor del otro, y nos daríamos un pequeño apretón. En algún momento, ya fuera uno, o el otro, comenzaríamos a reír tontamente —y todo volvía a la normalidad nuevamente.

Desafortunadamente, algunos de nosotros, jamás hemos ido más allá de un murmurado “lo siento” cuando presentamos disculpas. Algunos no son, ni siquiera capaces, de decir estas simples palabras. Algunas veces nuestra manera de presentar disculpas, son como las de aquel pequeño niño, a quien se le dijo que no se le daría postre, a menos que se disculpara con su hermana. Después de refunfuñar por un rato, encontró a su hermana y espetó: “¡Te dije que te lanzaras al

río, así que... no lo hagas!”.

Esta lección no es sobre cómo pedir disculpas —a pesar de lo necesario que ello podría ser. De lo que queremos hablar, más bien, es acerca de lo que *la Biblia* llama “hacer una apología”. Lo siguiente fue lo que Pablo dijo en 22.1: “Varones hermanos y padres, oíd ahora mi defensa ante vosotros”. La palabra del griego de la cual se traduce “defensa” es *apologia*,¹ la palabra de la cual obtenemos “apología”. No obstante, esta “apología” no es, ni una admisión de haber actuado mal, ni una súplica por perdón, sino, lo que Pedro tenía en mente cuando dijo que estuviésemos “preparados para presentar defensa... ante todo el que [nos] demande razón de la esperanza que hay en [nosotros]” (1 Pedro 3.15b).² La palabra *apologia* se encuentra ocho veces en Hechos, y siete de ellas se encuentran en los capítulos del 22 al 26,³ cuando Pablo se defendió una y otra vez, ante los judíos y los romanos.⁴ Después de estudiar la primera apología, o defensa, de Pablo haremos una aplicación con respecto a nuestra propia apología ante un mundo incrédulo.

LA APOLOGÍA DE PABLO

Cuando concluimos la lección anterior, quedamos en el punto en el que Pablo había sido rescatado de manos de una enfurecida turba en el templo, por un tribuno local de las fuerzas romanas.

¹ La palabra *apologia* es una palabra compuesta, la cual combina la palabra *apo* (“desde”) con la palabra *logos* (“palabra” o “razón”). ² A un estudio con argumentos en favor de la fe cristiana, se le llama “Apologética”. ³ La palabra se encuentra en 22.1; 24.10; 25.8, 16; 26.1–2, 24. La octava ocurrencia de la palabra se encuentra en 19.33, en donde un judío llamado Alejandro trató de hacer una defensa en el anfiteatro que estaba en Éfeso. ⁴ Se ha sugerido que la totalidad de la última cuarta parte de Hechos, podría servir como una defensa legal, al demostrar Lucas, una y otra vez, que Pablo no era culpable de violar ninguna de las leyes de Roma. El carácter apologético de Hechos se discute en la página 8 de la edición “Hechos, 1”.

Cuando Pablo estaba a punto de ser llevado dentro de la fortaleza Antonia,⁵ éste le dijo al oficial: “te ruego que me permitas hablar al pueblo” (21.39b). Si yo hubiera estado recién golpeado hasta medio morir, habría dicho: “¡Sáquenme de aquí! ¡He visto de esta multitud, todo lo que alguna vez pude haber querido ver!”. Lo que Pablo dijo fue: “Permítanme hablarle al pueblo”.⁶ El tribuno concedió el permiso (21.40a) —probablemente debido a que pensó, en que por fin descubriría, a qué se debía el disturbio.

Su defensa ante los judíos (21.40—22.23)

Podemos imaginar a Pablo de pie sobre el tope de las escaleras, y a los soldados situados entre él y la multitud abajo. Sus vestiduras rasgadas estaban cubiertas de polvo y de sangre, su rostro, lleno de cortaduras y de moretones. No obstante, proyectaba una dignidad divina a su alrededor al levantar la mano para obtener la atención de ellos.

Pablo, estando en pie en las gradas, hizo señal con la mano al pueblo.⁷ Y hecho gran silencio, habló en lengua hebrea,⁸ diciendo: Varones hermanos y padres, oíd ahora mi defensa ante vosotros.⁹

Y al oír que les hablaba en lengua hebrea, guardaron más silencio (21.40b—22.2a).

Pablo le había hablado al tribuno en griego (21.37), pero a sus iguales judíos les habló en su lengua nativa.¹⁰ Incluso les reconoció como a familiares de él, al llamarlos “hermanos¹¹ y padres”. Pablo comenzó su defensa identificando a sus oyentes.

Quería que ellos supieran que él les comprendía.¹² Así como ellos, él también había sido enseñado a reverenciar la ley. Dado que él, no había vivido en

Jerusalén por cerca de veinte años, y que muchos no le conocían personalmente, hizo una revisión de su herencia judía. “Soy judío”, les dijo, “nacido en Tarso de Cilicia” (22.3a).¹³ Les había asegurado a sus oyentes, que el haber nacido en Tarso no significaba que tuviera una mentalidad pagana; había sido criado en Jerusalén (22.3b). En esta ciudad había sido “instruido a los pies¹⁴ de Gamaliel, estrictamente conforme a la ley de [sus] padres” (22.3c). Gamaliel, quien había muerto tan sólo cinco años atrás, era considerado uno de los más grandes rabinos que hubiese vivido.¹⁵ A las credenciales religiosas de Pablo no les podía hallar defecto.

Aun que Pablo no se refirió directamente a los cargos que se le hicieron, les demostró que, de hecho, los mismos no tenían fundamento. Los dos cargos en contra de Pablo eran que 1) su predicación era contra del pueblo judío, y 2) que deshonraba a la ley (21.28). En las palabras de apertura de Pablo, esto fue lo que en efecto dijo: “¡Por el contrario, estoy orgulloso de ser judío, y siempre he tenido un profundo respeto por la ley!”.

Al haber sido “instruido... estrictamente conforme a la ley”, Pablo era “celoso de Dios” (22.3d) —qué tan celoso, era algo que pronto les diría. Antes de hacerlo, añadió las siguientes asombrosas palabras: “como hoy lo sois todos vosotros” (22.3e). ¡Les alabó el celo a los que, momentos antes, le habían estado golpeando celosamente!¹⁶

Pablo les hizo saber que él incluso comprendía por qué le querían matar —porque en el pasado él había sentido lo mismo por los judíos que se habían convertido en cristianos:

Perseguía yo este Camino hasta la muerte, prendiendo y entregando en cárceles a hombres y mujeres; como el sumo sacerdote también me

⁵ Véase el diagrama del templo en esta edición. ⁶ Uno de los propósitos del apóstol, para venir a Jerusalén fue poder “dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios” (20.24b); ésta sería su primera oportunidad. ⁷ Aparentemente, el tribuno dejó que se le desataran una de las manos que tenía encadenadas (21.33). ⁸ La lengua hebrea era el arameo. ⁹ Compárese las palabras introductoras de Pablo con las de Esteban en 7.2. Dado que Esteban se estaba refiriendo a miembros del concilio cuando dijo “hermanos y padres”, algunos se preguntan si había algunos de este concilio, presentes entre la multitud asesina del capítulo 21. Es posible, tal vez incluso probable. Por supuesto que la referencia que hace Pablo a los “padres” pudo haber sido simplemente, una respetuosa manera de hacer notar, la presencia de los hombres mayores entre la multitud. ¹⁰ La mayoría de ellos, si no todos, habrían comprendido a Pablo si éste hubiese hablado en griego. No obstante, Pablo quería desarrollar mayores lazos de comunicación con ellos. ¹¹ Esta no es una referencia a hermanos cristianos, sino a sus iguales judíos. ¹² Cuando Pablo había enfrentado judíos en las sinagogas, que estaban en gran parte del imperio romano, él había declarado y expuesto “por medio de las Escrituras,... que Jesús, a quien [él les anunciaba]... es el Cristo (17.2–3). Se podría esperar leer que hizo lo mismo en Jerusalén, pero la situación era diferente. Esta gente estaba clamando por su sangre; tenía que ganarse su confianza antes que pudiesen escucharle hablar acerca de Jesús. ¹³ La mayor parte del discurso de Pablo a la turba en Hechos 22 fue cubierta en dos lecciones anteriores sobre la conversión de Saulo. En la edición “Hechos, 4” en las páginas 3–13 encontrará comentarios más detallados al respecto. ¹⁴ La expresión “a los pies de” es literal. En aquellos tiempos, los estudiantes se sentaban, literalmente, en el piso, a los pies de sus maestros, quienes se sentaban en bancas o sillas. ¹⁵ A Gamaliel lo encontramos anteriormente en Hechos (5.34). Véase las notas al respecto en la edición “Hechos, 2” en las páginas 50–51. ¹⁶ El cumplimiento de Pablo hacia estos judíos fue similar al que les dirigió a los atenienses (17.22). Ambos cumplidos abordaron algunos hechos positivos, sin abordar algunas otras verdades en el momento en que se dijeron. En Romanos 10.2 se encuentra una declaración completa de los sentimientos de Pablo hacia el celo de los judíos, la cual se había escrito algunos meses atrás.

es testigo,¹⁷ y todos los ancianos,¹⁸ de quienes recibí cartas para los hermanos,¹⁹ y fui a Damasco para traer presos a Jerusalén también a los que estuviesen allí, para que fuesen castigados (22.4–5).²⁰

Lo que Pablo luego hizo fue, en efecto, *pedirles* que trataran de *comprenderlo a él*. En su viaje a Damasco, lo que menos se le ocurría era convertirse en un seguidor de Jesús —pero algo asombroso había ocurrido en el camino. Él no había salido a buscar al Señor, sino que el Señor había salido a buscarlo a él.

Pero aconteció que yendo yo, al llegar cerca de Damasco, como a mediodía, de repente me rodeó mucha luz del cielo; y caí al suelo, y oí una voz que me decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Yo entonces respondí: ¿Quién eres, Señor? Y me dijo: Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues.²¹ Y los que estaba conmigo vieron a la verdad la luz, y se espantaron; pero no entendieron la voz del que hablaba conmigo (22.6–9).

Es probable que algunos de los que habían acompañado a Pablo, de Jerusalén a Damasco, todavía residiesen en Jerusalén, y podían comprobar la veracidad de sus palabras. Pero lo más significativo era, el cambio ocurrido en Pablo. ¿Cómo podían sus oyentes explicar la asombrosa transformación de la que era objeto su vida, sin aceptar que había visto a Jesús en una visión?

Pablo continuó su narración: “Y dije: ‘¿Qué haré, Señor?’” (22.10a). Era éste, un clamor por ser aliviado del peso de su culpa; era como si preguntara: “¿Qué debo hacer, Señor, para reparar el daño causado, y para ser perdonado, de mi mal dirigido celo?” Era aún más que ello. Hasta ese

punto de su vida, Pablo había creído que sabía exactamente quién era él, hacia adónde se dirigía, y cómo iba a llegar allí. De repente, su vida se había trastornado. Su imagen de sí mismo había sido demolida, su agenda tirada a la basura. Ya no tenía planes para el futuro. Así, lo que también preguntaba era algo como: “¿Qué debo hacer Señor por el resto de mi vida?”. No es sino hasta que estemos dispuestos a hacer tal pregunta, que Jesús puede significar una diferencia en nuestras vidas.

El Señor le había dicho a Pablo: “Levántate, y ve a Damasco, y allí se te dirá todo lo que está ordenado que hagas” (22.10b). Había sido convenido en el camino y convertido en Damasco. El apóstol continuó con el notable relato:

Y como yo no veía a causa de la gloria de la luz, llevado de la mano por los que estaban conmigo, llegué a Damasco. Entonces uno llamado Ananías, varón piadoso según la ley, que tenía buen testimonio de todos los judíos que allí moraban,²² vino a mí, y acercándose, me dijo: Hermano Saulo, recibe la vista. Y yo en aquella misma hora recobré la vista y lo miré. Y él dijo: El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, y veas al Justo,²³ y oigas la voz de su boca. Porque serás testigo suyo a todos los hombres, de lo que has visto y oído. Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre²⁴ (22.11–16).

Pablo sabía que la verdadera razón, por la que él era odiado por los judíos, era que él les predicaba a los gentiles.²⁵ Él quería que la multitud comprendiera que no era su idea —sino la idea del Señor— ir a los gentiles. El Señor había dado a entender esto por medio de las palabras de Ananías que decían: “Porque serás testigo suyo *a todos los hombres*”. (Énfasis nuestro.) Ahora Pablo hablaría

¹⁷ El sumo sacerdote, durante el tiempo en que Pablo perseguía a los cristianos, era Caifás (véase las notas sobre Hechos 4.6 en la edición “Hechos, 2”). Cuando Pablo habló, en las escaleras de la fortaleza Antonia, el sumo sacerdote era Ananías (23.2). No obstante, es posible que Caifás todavía viviera. También, es posible que algunos miembros del concilio que estaban presentes —tal vez incluso el mismo sumo sacerdote— hubiesen sido parte del concilio que había comisionado a Pablo a ir a Damasco. Por el contrario, Pablo pudo haber estado simplemente sugiriendo que los registros del concilio podían confirmar lo que el decía. La expresión “todos los ancianos” es una manera de referirse al concilio. ¹⁸ La palabra “ancianos” no se refiere a los ancianos de la iglesia, sino, a los líderes judíos mayores. Véase “Sanedrín” en el Glosario en la edición “Hechos, 2”. ¹⁹ Estos “hermanos” eran los judíos, no los hermanos cristianos. ²⁰ Este es el segundo relato de la conversión de Pablo que se encuentra en Hechos. El primero se encuentra en el capítulo 9, hay un tercero en el capítulo 26. Este relato difiere del que está en Hechos 9 en que se cuenta desde el punto de vista de Pablo. Cada relato fue adaptado para la audiencia a la cual se dirigió. Los tres relatos se suplementan el uno al otro. Los tres fueron cubiertos en las dos lecciones sobre la conversión de Saulo, que se encuentran en la edición “Hechos, 4” en las páginas 3–13. ²¹ Pablo no hizo uso de la palabra “resurrección”, pero la mayoría de los oyentes entendería que Pablo estaba diciendo que Jesús no estaba muerto, de manera que, había resucitado. Las noticias oficiales en Jerusalén eran en el sentido de que el cuerpo de Jesús había sido robado (Mateo 28.11–15). Él relato de Pablo mostró que esta historia era mentira —y nadie protestó. ²² Ananías era también cristiano, pero Pablo habló de aspectos de su carácter que habrían de causar una impresión favorable en su audiencia judía. ²³ La expresión “al Justo” era un término para el Mesías (Hechos 3.14; 7.52; nótese Isaías 53.11). ²⁴ Pablo no dudó en obedecer el mandamiento de ser bautizado (9.18). ²⁵ Él era odiado, específicamente, porque predicaba que los gentiles podía ser salvos sin necesidad de convertirse primero, en judíos prosélitos.

claramente de su comisión divina.

Se saltó, en la narración, los tres años en Damasco y en Arabia, y llegó a su primer viaje de regreso a Jerusalén después de su conversión (Gálatas 1.18; Hechos 9.26–30):²⁶ “Y me aconteció, vuelto a Jerusalén, que orando en el templo me sobrevino un éxtasis” (Hechos 22.17). El tercer cargo hecho contra Pablo era, que él le había predicado a todos los hombres en todo lugar, en contra del templo (21.28). Por el contrario, cuando él regresó de Jerusalén, después de su conversión, uno de los primeros lugares que visitó fue el templo. Allí oró y allí vio al Señor. Cualquiera persona imparcial podía haber reconocido que los cargos eran falsos.

Pablo contó acerca de su visión: “Y le vi que me decía: ‘Date prisa, y sal prontamente de Jerusalén; porque no recibirán tu testimonio acerca de mí’” (22.18). Así como Pedro, cuando vio la visión de animales limpios e inmundos, Pablo también arguyó con el Señor:²⁷

Yo dije: Señor, ellos saben que yo encarcelaba y azotaba en todas las sinagogas a los que creían en ti; y cuando se derramaba la sangre de Esteban tu testigo, yo mismo también estaba presente, y consentía en su muerte, y guardaba las ropas de los que le mataban (22.19–20).

Lo que en efecto dijo, fue: “Señor, ellos seguramente aceptarán mi testimonio cuando recuerden lo que yo solía hacer y vean cuánto he cambiado”.

Pablo había querido permanecer en Jerusalén con sus iguales judíos antes que ir a cualquier otro lugar. Por supuesto que, el Señor había estado consciente de que, en lugar de escucharle a Pablo, lo que sus antiguos asociados harían era considerarlo un traidor y tratar de matarlo (9.29). La respuesta del Señor, al titubeo de Pablo, no dejó espacio para argumentos, le dijo: “¡Ve!” (22.21a). Luego le recalcó a Pablo su comisión especial: “porque yo te enviaré lejos a los gentiles” (22.21b).²⁸

Pablo no pudo avanzar más allá de la palabra “gentiles”. Es probable que planeaba contarles cuánto había bendecido Dios su obra entre los gentiles.²⁹ Es casi definitivo que su intención era solicitarles a sus oyentes que creyeran en el Señor resucitado. Jamás tuvo tal oportunidad. Cuando Pablo dijo “gentiles” la turba hizo erupción. “Y le oyeron hasta esta palabra; entonces alzaron la voz, diciendo: ‘Quita de la tierra a tal hombre, porque no conviene que viva’” (22.22).

Lucas hizo notar que “ellos gritaban³⁰ y arrojaban sus ropas y lanzaban polvo al aire” (22.23). No conocemos el significado de tales acciones. Tal vez arrojaban sus ropas en preparación para el acto de apedrear a Pablo (nótese 22.20), pero todo lo que encontraron para arrojar fue polvo (nótese 2 Samuel 16.13). Tal vez ellos simplemente “se desahogaban de su ira cual bestias enloquecidas”³¹ revolviendo el polvo como lo hace un toro furioso que le da manotazos al suelo.³² Todo lo que sabemos es que cuando ellos oyeron la palabra “gentiles” se pusieron frenéticamente violentos.³³

Todo predicador ha tenido una experiencia similar a la de Pablo. Su sermón está marchando bien; puede decir, por la expresión en el rostro de sus oyentes, que ellos aprecian su mensaje. Luego dice una palabra o hace una declaración —tal vez algo que considera inofensivo— y de repente los rostros se ensombrecen y se enfrían.³⁴ Es obvio que habría quienes lo sacarían para apedrearlo, si no fuera porque son tan civilizados —y si no fuera porque tal acto es ilegal.

Aquí hay una lección para los oyentes. La palabra “gentil” fue la palabra odiada por los oyentes de Pablo. ¿Habrá alguna palabra que toca algún nervio, alguna frase que no podamos resistir, algún tema bíblico que nos incomode (o aun, nos enoje)? Los judíos que estaban en el atrio del templo, revelaron el prejuicio y la intolerancia que había en sus corazones, por medio de su respuesta a la palabra “gentiles”. Las palabras y los temas que nos incomodan, pueden decir más

²⁶ Nótese nuestros comentarios sobre esta visión en la edición “Hechos, 4” en la página 24. Hay quienes creen que Pablo tuvo esta visión durante una visita posterior, pero parece encajar mejor con la primera visita después de su conversión.
²⁷ Éste es uno de los muchos paralelos, entre las vidas de Pedro y de Pablo, que Lucas incluye en Hechos. ²⁸ Hay quienes piensan que Pablo pudo también haber estado haciendo una defensa ante cualquiera de los *cristianos* de origen judío que estuvieran entre la multitud y que resintieran su ministerio a los gentiles. ²⁹ Esta declaración de Pablo fue explosiva por el uso de la palabra “gentiles”. ³⁰ Tal vez empezaron a corear: “¡Que muera! ¡Que muera!” ³¹ J.W. McGarvey, *New Commentary on Acts of Apostles*, vol. 2 (Delight, Ark.: Gospel Light Publishing Co., n.d.), 220. ³² Se ha sugerido también, que su acción fue similar a cuando Pablo se sacudió el polvo de sus vestimentas para indicar que los que se le oponían habían sido rechazados (véase 18.6; véase también 13.51). ³³ A Pablo se le hizo el cargo específico de haber metido griegos (o sea, gentiles) dentro de la parte sagrada del templo. Aparentemente, la mención que se hiciera de los gentiles, les recordó tal acusación a los oyentes de Pablo. ³⁴ Estas palabras “cargadas” son como minas explosivas espirituales. Permanecen ocultas, invisibles y desconocidas al predicador desprevenido, hasta que, en su ignorancia, las toca —y explotan en su cara!

de lo que nos damos cuenta, acerca de nuestros corazones.³⁵

Aquí también hay lecciones para predicadores. Al leer el sermón que Pablo predicó a la multitud, nos impresiona lo lejos que fue en evitar el ofender a sus oyentes. En todo su discurso hizo uso de terminología judía. Aparte de la identificación que hizo el Señor de sí mismo, nunca hizo uso del nombre “Jesús”. No dijo que Ananías fuera cristiano o que “el Señor” que se le apareció en el templo fuera Jesús. ¿Por qué entonces usó eventualmente, la palabra gentiles? Porque hay una diferencia entre evitar la ofensa y el hacer concesiones. Pablo quería evitar, todo lo que podía, el irritar a los judíos, pero no haría concesiones. El Señor había dicho, “te enviaré lejos a los gentiles”, así que de eso fue lo que les informó. Cuando usted enseña, sólo puede andar cierto trecho tratando de no antagonizar a sus estudiantes. Los que agradan a los hombres evitarán, por todos los medios, el uso de cierta “palabra” con tal de no ofender; no obstante si tal “palabra” es palabra de Dios, los que agradan a Dios predicarán la verdad, sin importarles el costo (Gálatas 1.10).

Su defensa ante los romanos (22.24–29)

Si el tribuno romano esperaba descubrir en el discurso de Pablo, la causa del disturbio, en tal caso se debió sentir decepcionado. Es probable que no comprendiera el arameo, y aún si lo comprendiera,³⁶ es probable que se preguntara por qué la palabra “gentil” provocó tan violenta reacción. Al final de la defensa de Pablo estaba tan confuso como lo estuvo al comienzo de la misma.

Frustrado, “mandó el tribuno que le metiesen en la fortaleza” (v. 24a) para sosegar a la turba. Luego “ordenó que [Pablo] fuese examinado con azotes, para saber por qué causa clamaban así contra él” (v. 24b). Este era el procedimiento estándar de los romanos. No esperaban que un

criminal dijera la verdad a menos que la misma se le sacara a golpes.³⁷

Aparte de la crucifixión, el azote era la forma más cruel de castigo que administraban los romanos. Tomaban cuatro o cinco correas de cuero y las adherían a un sólido mango de madera. Si era esgrimido por un celoso verdugo, el azote rompía la piel en cada latigazo y dejaba los músculos y los huesos al descubierto. Muchos que eran “investigados” de esta manera quedaban inválidos para el resto de sus vidas; algunos morían, pocos sobrevivían quedando en su buen juicio. Pablo había sido azotado varias veces (2 Corintios 11.24–25), pero jamás había sufrido un azote romano.

El tribuno no acompañó al equipo de verdugos a la cámara de torturas; tal vez no tenía suficiente estómago para presenciar la prueba. Es probable que la cámara fuese la misma en la que Jesús había sido azotado por órdenes de Pilato (Juan 19.1; Mateo 27.26; Marcos 15.15). Las ropas de Pablo les fueron arrancadas; y después le ataron a la columna.³⁸ “Pero cuando le ataron con correas,³⁹ Pablo dijo al centurión que estaba presente: ‘¿Os es lícito azotar a un ciudadano romano sin haber sido condenado?’” (v. 25).⁴⁰

Esta simple pregunta de Pablo convirtió a los torturadores en torturados. Era contra la ley azotar a un ciudadano romano;⁴¹ él lo sabía, y ellos lo sabían. También sabían que podían perder sus puestos y tal vez aun sus vidas si procedía con el azote, dado que Pablo era en verdad un ciudadano romano. El centurión se apresuró a buscar al tribuno: “Fue y dio aviso al tribuno diciendo: ‘¿Qué vas a hacer? Porque este hombre es ciudadano romano?’” (v. 26).

Alarmado, “vino el tribuno y le dijo: ‘Dime, ¿eres tú ciudadano romano?’ Él dijo: ‘Sí’” (v. 27). La respuesta de Pablo habría sido difícil de creer. Aun en sus mejores galas, el judío cal-

³⁵ Aquí se podría hacer una aplicación de las palabras “cargadas” que son relevantes a la audiencia. Tal vez el desafío de dar con liberalidad o el desafío de hacer un compromiso total de la vida al Señor no es popular. Tal vez ciertas cuestiones morales tocan ciertos nervios crudos. Tal vez nadie quiere hablar acerca de los prejuicios que existen. Tal vez algunas “cuestiones doctrinales” conllevan palabras que enojan a algunos miembros. Nótese que son las palabras y los conceptos contrarios a la Biblia los que deberían enojarnos, y que aquí de lo que estamos hablando es de palabras que son bíblicas ni causan daño por sí mismas. Los oyentes deben hacer un examen de sus corazones para ver si son de miras amplias. ³⁶ Alguien debió haber estado a mano para hacerle la traducción. ³⁷ A través de los años, muchos crueles métodos han sido ideados para sacarles “la verdad” por la fuerza a los sospechosos. Algunos de estos podrían mencionarse. Si tales métodos son prohibidos por leyes locales, podría ser apropiado hacer una pausa y dar gracias. ³⁸ A menudo, tanto las manos como los pies eran encadenados a la columna. Si éste fue el caso, esto puede ser parte del cumplimiento de la profecía actuada por Agabo (21.11). ³⁹ Esto podría significar que lo elevaron hasta suspenderlo en el aire con las correas, pero el procedimiento más común era estirarlo sobre el poste de los azotes. ⁴⁰ Al igual que en Hechos 16 donde Pablo no reveló su ciudadanía romana, sino hasta después, nos preguntamos: “¿Por qué hasta ahora? ¿Por qué no antes?”. Nuevamente, no podemos responder con certeza. Tal vez no tuvo la oportunidad antes. Tal vez esperaba cuando tendría el máximo efecto. ⁴¹ Véase la cita de Cicerón en la edición “Hechos, 7” en la página 6.

vo⁴² y de corta estatura no impresionaba mucho (2 Corintios 10.10). Ahora, de pie semidesnudo, con su cuerpo lleno de viejas cicatrices (Gálatas 6.17) y de varios cortes y contusiones recientes, parecía más un tres veces perdedor⁴³ que un refinado ciudadano romano. Nos parece oír cierto escepticismo⁴⁴ en la voz del oficial cuando éste replicó: “Yo con una gran suma adquiriré esta ciudadanía” (v. 28a).⁴⁵ Es probable que pensara: “¿Cómo podría un vagabundo judío juntar tanto dinero?”. “Pero”, respondió Pablo, “yo lo soy de nacimiento” (v. 28b).⁴⁶

El nacimiento de Pablo en Tarso no lo hacía un ciudadano romano; Tarso era una ciudad libre, pero no una colonia romana. Por lo tanto, debió haber sido su padre, o su abuelo, el que fuera un ciudadano. Ignoramos cómo tal ciudadanía habría sido obtenida. Presuntamente, un ascendiente de Pablo había rendido un servicio especial al gobierno romano⁴⁷ —tal vez a Pompeyo o a Marco Antonio, los cuales tenían lazos con Tarso.

Algo en la voz, o en el comportamiento de Pablo, hacía que no quedara ninguna duda en las mentes de los que le oyeron: ¡Él era quien afirmaba ser!⁴⁸ “Así que, luego se apartaron de él los que le iban a dar tormento” (v. 29a). Nos parece verlos en el arrebató por desatarlo, enredándoseles los

temblorosos dedos, con las correas de cuero. J.W. McGarvey hizo la siguiente adecuada observación: “No podemos evitar el sentir admiración por la majestad de una ley, la cual en una remota provincia, y dentro de las paredes de una prisión, fue capaz así, de arrojar al suelo los instrumentos de tortura en alto, bajo la sencilla declaración que decía: ‘Soy ciudadano romano’”.⁴⁹

“Aun el tribuno, al saber que era ciudadano romano, también tuvo temor por haberle atado”⁵⁰ (v. 29b). Si el azote se hubiera llevado a cabo, es probable que hubiera perdido la ciudadanía que tanto le había costado —podía haber perdido aun su vida. Sin duda se sintió aliviado de que la tragedia se había evitado —pero más debió haberse sentido perplejo. ¿Por qué este inofensivo judío / romano provocaba tanto odio?

En la siguiente lección, veremos los insistentes esfuerzos del tribuno por “descubrir la verdad”.⁵¹ Por el momento, hagamos una pausa para ver lo que podemos aprender de lo que ya hemos estudiado.

NUESTRA APOLOGÍA

Recuérdese que la palabra bíblica “apología” no tiene nada que ver con lo que hoy llamamos “pedir disculpas”. Muchos que afirman ser cris-

⁴² Según el Hechos apócrifo de Pablo y Telca, Pablo era “calvo, de piernas arqueadas, de contextura fuerte, hombre de tamaño pequeño, de cejas encontradas, y de nariz algo alargada”. Según W.M. Ramsay, “este llano y nada adulator relato de la apariencia personal del apóstol parece incorporar una muy temprana tradición” (citado por A.T. Robertson, en “Paul, the Apostle”, *The International Standard Bible Encyclopedia*, ed. James Orr [Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1960], 4:2277). ⁴³ La expresión “tres veces perdedor” es originaria de los Estados Unidos y se refiere a uno que es convicto de su tercera falta. La tercera vez que se le encuentre culpable conlleva penas más severas. ⁴⁴ Por supuesto que sus palabras pudieron haber expresado sorpresa. ⁴⁵ La ciudadanía romana era adquirida, legalmente, por ser nacido en Roma (o en una colonia romana), o por concesión por parte del gobierno romano por haber rendido algún servicio inusual. Se podía adquirir ilegalmente por medio de sobornar oficiales. Es evidente que esto último era lo que el tribuno había hecho. Dado que el nombre del tribuno era Claudio (23.26), y dado que era común tomar el nombre de aquel que dispensaba la libertad, muchos suponen que el tribuno obtuvo su ciudadanía cuando Claudio era el emperador (41–54 d.C.). Este tipo de sobornos alcanzó proporciones escandalosas bajo el gobierno de Claudio. ⁴⁶ Esta es la segunda vez en Hechos, que Pablo insiste en sus derechos como ciudadano romano (véase la primera en 16.37). Veremos una tercera ocasión en 25.11. Cada vez que Pablo hizo esto, no era tanto para beneficiarse personalmente sino para beneficio de la causa de Cristo (véase las notas al respecto en la edición “Hechos, 7” en la página 9). En Hechos 22, Pablo anunció su ciudadanía porque con su muerte no saldría beneficiada, sino dañada, la causa del Señor. Pablo no era masoquista; no abrigaba ningún “complejo de mártir”. Estaba preparado para morir si así era la voluntad del Señor (Hechos 21.13; Filipenses 1.21, 23), pero no quería que su vida se perdiera sin necesidad. ⁴⁷ La alternativa de esto sería que uno o el otro había obtenido la ciudadanía por medio del soborno, un acto poco probable por parte de un estricto fariseo. ⁴⁸ Nuevamente tratamos con la pregunta de por qué parecen haber tomado la palabra de Pablo. ¿Será que Pablo portaba el equivalente neotestamentario a un documento de identidad —tal vez un certificado de nacimiento? Véase las notas al respecto en la edición “Hechos, 7” en la página 10 en conexión con el azote de Pablo en Filipos. No obstante, se ha sugerido que la situación en Jerusalén era bastante diferente a la de Filipos. Pablo pudo haber tenido prueba de sus ciudadanía en algún lugar de la ciudad. Además, el tribuno tuvo a Pablo bajo custodia el tiempo suficiente como para enviar a pedir la verificación a Tarso, si así lo deseaba. ⁴⁹ J.W. McGarvey, *New Commentary on Acts of Apostles*, vol. 2 (Delight, Ark.: Gospel Light Publishing Co., n.d.), 221–222. ⁵⁰ Cicerón dijo que era una mala obra el atar a un ciudadano romano. No obstante, Pablo fue atado con cadenas posteriormente en la misma Roma (28.20). Tal vez, los temores del tribuno no se debieron al haber encadenado a Pablo cuando lo arrestó sino por haber hecho que lo ataran con correas en preparación para el azote (22.24). En el versículo 29, al igual que en el texto original, sólo se lee “haberle atado”, no como en otras versiones en las que se lee “haberlo atado con cadenas”. ⁵¹ Aparentemente, el tribuno nunca consideró la posibilidad de preguntárselo a Pablo mismo. Tal vez, estaba fijo en su convicción de que un acusado no revelaría toda la verdad a menos que fuera azotado primero.

tianos, se avergüenzan de su fe —y creen que deben pedir disculpas por sus convicciones. Una apología bíblica no es admisión de error, sino un argumento por lo correcto. Permítasenos sacar del texto varias lecciones respecto al “presentar defensa... ante todo el que [nos] demande razón de la esperanza que hay en [nosotros]” (1 Pedro 3.15b):

1. *Esté preparado.* Tarde o temprano, así como Pablo, usted será llamado a defender su fe —así que, prepárese mientras sea temprano y no cuando sea tarde.

2. *Sea cortés.* Poco antes de su arresto, esto es lo que Pablo había escrito: “No paguéis a nadie mal por mal... vence con el bien el mal” (Romanos 12.17–21). Él lo había escrito, pero ¿podía cumplirlo? Con una enloquecida turba judía clamando por su sangre y unos insensibles soldados romanos a punto de hacerle jirones su carne, ¡la prueba era severa! Él la enfrentó con serenidad y cortesía. Los que desafían su fe pueden ser desagradables, pero usted no tiene por qué serlo.

3. *Sea personal.* Puede que usted no sepa todo lo que se debe saber acerca de la Biblia, ni que pueda responder a toda pregunta que se le haga, pero puede contarles a otros cómo llegó a ser cristiano. “¡En todo el mundo, usted es la autoridad más grande sobre el tema de lo que Jesús ha hecho por usted!”.⁵² El mensaje de Pablo fue, básicamente, un relato de su experiencia de conversión. Usted querrá continuar aprendiendo más acerca de la Biblia, para aumentar su capacidad para defender la fe, pero siempre haga que sea personal su mensaje.

4. *Sea Cristocéntrico.* Aunque Pablo habló de su conversión, no fue su propósito, atraer la atención a sí mismo, sino al Señor. El nombre “Jesús de Nazaret” le recordó a sus oyentes acerca de aquél que había sido crucificado, y el relato de la visión de Pablo en el camino les hizo saber que este mismo Jesús había sido resucitado. No debemos de convertir a la gente a nosotros, sino, a Jesús.

5. *Sea flexible.* El mensaje básico de Pablo fue siempre el mismo, pero su enfoque esta ocasión fue diferente al que usó en las sinagogas. Conozca a los que le demandan y adapte su defensa en forma acorde.

6. *Sea desafiante.* Después de que Pablo habló de lo que Jesús había hecho, habló de lo que el hombre debe hacer. Si Jesús era el Mesías entonces,

todo hombre debe responder como él lo había hecho: Todos deben “[levantarse y bautizarse, y lavar] sus pecados, invocando su nombre” (v. 16b). Luego todos deben entregar su vida al Señor. El propósito de defender su fe no es ganar argumentos, sino, ganar almas. Desafíe a todos los presentes a hacer el mismo compromiso con el Señor, que usted ha hecho.

7. *Sea consistente.* Su defensa puede ser convincente sólo si respalda con su vida lo que dice con su boca. Pablo estaba preparado a morir por su fe; ¿puede la gente ver que usted está preparado para vivir por la suya?

8. *Sea sensible.* Aunque nosotros debemos estar preparados a sufrir por nuestra fe, debemos también tener sentido común. Pablo no estaba dispuesto a sufrir si su sufrimiento no avanzaba la causa de Cristo. No dudó en insistir en los derechos que le correspondían por ser ciudadano romano. Usted no está obligado a aceptar el abuso por parte de los incrédulos. Siempre sea cortés pero aléjese.

9. *Sea persistente.* Después de que usted ha hecho lo mejor que puede, no se desanime si no logra convencer a los que desafiaron su fe. Pablo no convenció a la turba. En los próximos cuatro capítulos, se registran tres sermones más y un estudio personal de Pablo. Según el registro, nadie fue convertido; pero el apóstol estaba haciendo lo que Dios quería que hiciera. Si usted persiste en compartir su fe, estará haciendo lo que Dios quiere que haga, ya sea que vea o no vea resultados. Nunca, nunca se rinda.

CONCLUSIÓN

Para concluir, volvamos al relato de la conversión de Pablo. Su relato contiene varias lecciones sobre la conversión y la consagración.⁵³ Una de las más estimulantes es que ¡para el Señor no hay casos perdidos! Si él pudo salvar a Pablo y darle vuelta a su vida, ¡él puede hacer lo mismo con usted! ¿Ha sido bautizado en Jesús alguna vez, para que la sangre de él lave sus pecados (v. 16)? ¿Ha entregado su vida a Jesús tal como Pablo lo hizo? Los oyentes de Pablo en el templo, estaban demasiado endurecidos como para ser tocados por su mensaje, no obstante, esperamos que su corazón será receptivo. El momento de obedecer es *ahora* mismo. ◆

⁵² Rick Atchley, “Apologizing to an Uprising” (“Haciendo una apología a una sublevación”), un sermón predicado en la Iglesia de Cristo Southern Hills, Abilene, Texas, el 1 de marzo de 1987. ⁵³ De éstos se puede hacer un repaso en la medida que lo necesiten los oyentes.